

## LA VIRGEN DE LOS DESESPERADOS

“Fíjate en los detalles de su rostro. En la fuerza de su mirada. Parece que está a punto de hablar”.

El conservador aplicaba con cuidado experto el pincel empapado con una solución aceitosa para terminar de limpiar el rostro de la imagen de la Virgen. Le pidió al aprendiz que le acercase un trapo limpio, para secar el exceso de solución. El lado derecho del rostro de la Virgen recuperó toda su luminosidad. El izquierdo lo dejaría para dentro de unos días, quería comprobar cómo afectaban los barnices aplicados a la parte restaurada. El paso del tiempo, el humo de las velas, y quien sabe cuantas más agresiones externas, habían deteriorado la talla, querida y venerada por miles de madrileños. Ahora estaba delante suyo, a su merced. Pero no podía obviar que esa imagen también le había cautivado a él.

Telesforo Martín era conservador en el Museo de Historia de Madrid. A pesar de su juventud, 29 años, su brillante expediente académico y su destacada posición en el partido socialista le habían procurado tan apetecible puesto, y también las envidias de algunas personas con menos méritos y distintos apoyos políticos. En los últimos meses, la crispación política iba en aumento, y más si cabe entre los distintos socios del gobierno. Un gobierno que se veía incapaz de mantener el orden entre los distintos aliados que lo sostenían en el poder, con distintas visiones de lo que debería ser el Estado, y una oposición parlamentaria que consideraba atropellados sus derechos. En los últimos meses, pistoleros de una y otra parte se habían cobrado un buen número de víctimas mortales. En esta situación estaba el país en ese momento.

De convicciones profundamente laicas, no tenía ninguna simpatía por nada que sonase a catolicismo, pero como hombre inteligente que era sabía entender la importancia que tenían determinados símbolos. El que estaba delante suyo la tenía. Era una talla del siglo XVII o XVIII, y su autor era desconocido. La Virgen de los Desesperados, como así la llamaban, era una figura más bien pequeña, de no más de medio metro de altura, pero para muchos madrileños rivalizaba en devoción con la mismísima Virgen de la Almudena.

Dio por acabada su jornada de trabajo, revisando con satisfacción los avances realizados. El rostro de la Virgen, al menos en un lado, tenía una luminosidad desconocida unas semanas antes. Ya hacía cinco semanas que el padre Couselo, párroco de la iglesia de San Martín de Porres, le requirió de su ayuda para restaurar la imagen, y no sabía muy bien el motivo, había aceptado el encargo. Despidió al

aprendiz, guardó todas las herramientas, cerró todos los frascos y por fin, guardo la talla en un gran baúl, cerrándolo con llave. No se fiaba que algún exaltado pudiera causarle daños, de ahí sus precauciones.

Salió a la calle Fuencarral, y una bofetada de calor le golpeo con fuerza. El mes de Julio ya estaba en su mitad, y el verano de ese año 1936 prometía ser de los más cálidos del siglo. Se cruzó con grupos de personas vociferando consignas políticas. Al girarse para continuar la marcha se encontró a menos de un palmo de su nariz con el rostro del padre Couselo. “Bueno, hombre, que susto!!” “Buenos días, Sr. Martín, como esta mi Virgen?”. “No es su virgen, es de la parroquia”, respondió desdeñoso Telesforo.

Todos los días, el cura iba a ver al conservador para comprobar los avances en la restauración, deseoso de que acabasen cuanto antes para reponer la imagen en el lugar que le correspondía. Los feligreses también presionaban lo suyo. Y la tensión entre ambos, conservador y religioso, empezaba a ser evidente, por la talla, y por todo lo que les separaba, que era mucho.

“Aún me quedan unas semanas para completar el trabajo. No se preocupe, padre, que enseguida sus fieles podrán volver a pedirle imposibles a su Virgen”, respondió burlón el joven. Pero sabía que era en vano. Damián Couselo era gallego, muy paciente y muy perseverante. Y bregado en la vida tras el paso por infinidad de parroquias pobres. “Deme una fecha, carallo”. La impaciencia le traicionó. Telesforo intuyo que ese día la victoria era suya, y siguió su marcha mascullando un “Pronto, en unas semanas”, dejando plantado y confuso al religioso detrás suyo.

Unos días más tarde, unos golpes fuertes en la puerta de su habitación despertaron a Telesforo. Había estado la noche anterior de vinos con unos amigos, y la cabeza aún le daba vueltas. Era su casera, Doña Lola, y estaba dando voces. Se levantó rascándose el culo y aún con el pantalón del pijama y una camiseta de tirantes, abrió la puerta. “¿Pero qué ocurre, y que son esos gritos tan temprano?”. “Por Dios, señor Martín, que el ejército de África se ha levantado en armas contra la República, Dios mío, que va a ser de nosotros!” Doña Lola estaba descompuesta. “Tranquilícese. Vamos a hacer una cosa, me lavo y me visto, mientras usted me prepara el desayuno, con el café bien cargado, por favor, y luego bajo a la calle a enterarme. Será otra asonada más, ya verá como no llega a nada”, dijo el joven. Media hora después, paseaba por unas calles rodeado de una multitud enfervorecida. Era lunes, 19 de julio. Se enteró de que dos días antes, efectivamente, las tropas de África se habían sublevado, y que el día siguiente, la rebelión se había extendido como la pólvora por muchas ciudades del país. El tema era serio. Muy serio.

Acudió al museo, pero las puertas estaban cerradas. El vigilante le dijo que el director había ordenado de forma excepcional el cierre del museo, y que todo el personal marchase a casa hasta nueva orden. Decidió dar una vuelta para ver cuál era la situación en la ciudad.

Vio a una multitud de personas que subían por Gran Vía en dirección a la Plaza de España, algunas de ellas armadas con fusiles. Alcanzó a un miliciano y le preguntó qué ocurría. “Los militares se han sublevado en el Cuartel de la Montaña, y vamos para allá para matar a esos traidores”, contestó el joven, que no tendría ni 16 años, pero en cuyo rostro moreno se dibujaba una total determinación. El chaval echo a correr detrás del grupo del que formaba parte. Telesforo corrió a la sede del partido, en busca de noticias. Allí todo era caos y gente corriendo de un lado para otro. No encontró a nadie conocido y decidió volver a casa. Se apresuró, pues en la calle no solo había milicianos, sino también indeseables haciendo bueno aquello de que a río revuelto...

Paso toda la noche despierto, junto a la ventana. Pudo ver en el cielo de Madrid alguna que otra columna de humo. Iglesias ardiendo seguramente. Recordó la talla de la Virgen. ¿Estaría segura en el museo? Allí no había obras religiosas. Solo la talla, cuyo encargo de restauración había aceptado previa autorización de la dirección. ¿Qué podía hacer?

El amanecer le sorprendió dormido junto a la ventana, cuando un poderoso estruendo que hizo vibrar los cristales le despertó. Era un cañonazo. Le siguieron más. El sonido venía desde la montaña de Príncipe Pío. Estaba seguro. ¡El cuartel de la Montaña! Recordó al joven miliciano.

Se vistió rápidamente y salió de casa en dirección al museo. Tenía que esconder la talla, o estaría irremediabilmente perdida. Y él tendría que responder a demasiadas preguntas de las que no tenía respuesta. Llegó sudoroso a la entrada del museo, y advirtió la presencia de gran número de guardias de asalto en la puerta principal. Entrar por allí no sería buena idea. Conocía otra entrada secundaria, por donde se accedía a la sala de calderas, y de ahí al interior del museo.

Rodeó el edificio y alcanzó la puerta. Se acercó a la misma, y sacó del bolsillo la llave de la cerradura. Tener esa llave era uno de los privilegios que le daba ser uno de los conservadores del museo. Una mano fuerte sobre su hombro le sobresaltó y se giró aterrado. Era el padre Couselo. Preso de una súbita cólera, se abalanzó sobre él y ambos cayeron al suelo. “¡Maldito loco!, que susto me has dado, ¿pero qué demonios te ocurre?” El párroco, aunque rozaba la cincuentena, era un hombre bregado y fuerte, y aunque cayó al suelo por el empujón del conservador, pudo

zafarse de este. “Estoy aquí por el mismo motivo que tu. Hay que sacar la Virgen del museo ahora mismo, o por la noche solo será un montón de cenizas. Tu no lo entiendes porque eres rojo, pero para muchas personas hablarle es un alivio y un consuelo”, dijo el párroco. Telesforo respondió con desdén. “Claro, el opio del pueblo”. Ambos hombres se quedaron mirándose fijamente a los ojos, retadores.

“Vamos”, dijo el conservador, “sígueme”. Y abrió la puerta, desapareciendo tras ella. El párroco le siguió. Recorrieron varios pasillos en silencio, hasta que llegaron a unas escaleras. La sala donde trabajaba estaba en la segunda planta. Subieron con sigilo, y al llegar a la primera planta, unas voces que se acercaban les obligaron a esconderse tras unas cortinas. Oyeron una voz que parecía la de la persona al mando por su tono y su determinación. “Quiero un inventario de todas las obras del museo antes de una hora. Y sobre todo, quiero la Virgen que estáis restaurando aquí”. Una voz temerosa le respondió: “No sabemos de ninguna Virgen en el museo, eso se lo tendrá que decir el director...” La voz al mando interrumpió con sequedad: “Pues lo vais a buscar y que venga ahora mismo, ¿estamos?”.

Telesforo y el padre Damián se miraron con miedo a los ojos. Ambos tenían un problema grave. Cuando las voces ya se oían mas apagadas en la distancia, salieron del escondite y subieron raudos a la segunda planta. Recorrieron el pasillo a paso vivo hasta la sala donde el joven conservador estaba realizando la restauración, y donde también estaba el baúl con la talla. Telesforo abrió la tapa para comprobar que seguía dentro. Al abrirla, un potente olor a barniz salió del interior de la caja. Allí estaba. Serena y sonriente, como diciéndoles: “No temáis”.

“Rápido, tenemos que sacarla de aquí. Conozco un sitio donde podremos esconderla hasta ver que hacemos. Con el baúl, o la dañaremos”. Colocaron paños a los lados de la imagen para que no se moviera en el trasiego de la caja, y los dos hombres levantaron el baúl, como quien lleva una camilla. Pesaba bastante.

“Bajaremos por la escalera de servicio, está más alejada, y es más probable que nadie la use”, dijo el conservador. Corrieron hasta la escalera, y la bajaron a oscuras. Efectivamente no había nadie. Tenían que regresar por los sótanos hasta el cuarto de calderas. Telesforo reparó en la vestimenta del cura. No llegarían muy lejos una vez salieran a la calle. “Quítese la sotana”, le dijo al fraile. Este le hizo caso. Debajo solo llevaba una camisa de tirantes. Con esta y el pantalón, tenía un razonable aspecto revolucionario. “Vamos”, apremió Telesforo.

“¿Dónde vais? ¿Y quién le acompaña, Don Telesforo?” Les sorprendió una voz a sus espaldas. Era Fidel, el encargado del mantenimiento. “Nos han ordenado que saquemos esto rápidamente”, improvisó Telesforo. “Órdenes del director. No digas ni

una palabra, ¿entendido?” Fidel asintió no muy convencido. Siguieron hasta la puerta, saliendo al exterior. Era una calle trasera, y estaba desierta. Caminaron varias manzanas por callejuelas hasta llegar a un portal húmedo y oscuro. Entraron en él y al fondo del zaguán, descendieron por unas escaleras a un sótano. Había cucarachas en el suelo, y seguramente ratas. Dejaron el baúl en un rincón, y se sentaron sobre unos sacos.

“Mierda, mierda, mierda, me han descubierto, Fidel hablará”. Telesforo tenía las manos en la cabeza, y balanceaba su cuerpo delante y detrás nerviosamente. ¿Por qué se había dejado llevar en esta locura? ¿qué necesidad tenía? Era esa Virgen. Cuando minutos antes abrió la caja en el museo, supo que le hablaba. Que le estaba esperando para que le ayudara a salir de allí y salvarse. Agitó violentamente la cabeza como para sacudirse esos pensamientos. El padre Damián le puso una mano en el hombro con suavidad. “Tranquilo, te esconderé. Vamos a esperar unos días a ver como están las cosas”. Telesforo se echó a llorar.

La toma del Cuartel de la Montaña al día siguiente resultó una carnicería, mucha gente murió en la toma del mismo o fue ejecutada sin juicio tras su caída, y exacerbó los ánimos de muchos madrileños de forma violenta. Centenares de personas fueron detenidas y apresadas en cárceles ilegales e improvisadas, las checas. Transcurrieron unas semanas durante las cuales la ofensiva de las tropas sublevadas proveniente del norte del país quedó detenida en la Sierra de Guadarrama, y eso hizo que se vinieran arriba los ánimos entre los defensores de Madrid. El número de detenidos sospechosos de simpatizar con los sublevados se incrementó notablemente. Pero había un objetivo aún máspreciado. Los traidores y los religiosos.

Telesforo llevaba unas semanas acogido en una casa en el barrio de Lavapiés. La barba le había crecido y su aspecto era desaliñado. Llamaron a la puerta, y el joven se escondió. Era el padre Couselo. “¿Cómo estas, Telesforo?. Traigo noticias. Están buscando como locos la talla de la Virgen. Y están muy cabreados. También nos buscan a los dos. ¿Te acuerdas de la voz que oímos en el museo preguntando por la talla? Es un jefecillo anarquista llamado Guzmán. Un asesino auténtico”. Telesforo lo conocía, eran viejos enemigos, y efectivamente era un asesino. Lo que faltaba. Siguió un silencio entre ambos hombres. “Tenemos que salir los tres de Madrid, aquí acabaremos cayendo”, dijo el conservador. “¿Los tres?” Replicó el religioso. “Si. Los tres. Usted, padre, la Virgen y yo. Como en el portal de Belén, pero con los papeles algo cambiados, no le parece?”. Nadie rió el chiste. “Ahora bien”, prosiguió el joven, “si llegamos a zona sublevada, yo lo tendré mal, soy socialista, no creo que haya

clemencia para mí. Tenemos que esconderla en algún lugar seguro fuera de Madrid. Hay que sacarla de la ciudad, aquí darán con ella”.

El padre Couselo se rascaba la barbilla con la mirada perdida, como dándole vueltas a algo en su cabeza.

En ese momento, a finales de agosto, las tropas sublevadas avanzaban sin pausa hacia Madrid desde el oeste. Tras la toma de Badajoz, fueron conquistando objetivos como Naval Moral o Talavera de la Reina, y a finales del mes de Agosto, la muy probable toma de Maqueda, cruce estratégico de caminos, a escasos 60 kilómetros de las afueras de la capital, puso en una disyuntiva al mando del ejército rebelde. Seguir hasta Madrid y cerrar la tenaza que por el Norte ya asfixiaba a la ciudad, o desviarse algo al sur, hacia la ciudad de Toledo, y liberar el cerco que el ejército republicano había sometido a un grupo de soldados sublevados atrincherados en el Alcázar de Toledo.

El padre Couselo era conocedor de estos progresos, no por la prensa madrileña, sometida a censura y que no estaba dispuesta a dar noticias que pudieran hacer decaer la moral de los defensores de la ciudad, sino por informantes que diariamente entraban y salían de la ciudad con contrabando de alimentos, armas y noticias. Si el ejército rebelde se dirigía a Toledo, eso dilataría mucho su posible entrada en Madrid, y seguramente a esas alturas, Telesforo y él ya habrían sido capturados.

“Telesforo, tengo una idea. Tenemos que hacernos con un camión con pintadas revolucionarias. Lo cargaremos con el baúl y con otros pertrechos y nos dirigiremos hacia Talavera de la Reina, hacia el frente. Diremos que son suministros para los defensores de la capital. Allí será más fácil esperar que nos alcancen las tropas nacionales. Desde allí tu podrás huir hacia Levante, es todo zona republicana”.

“¿Por qué demonios llama nacionales a quien se levantan en armas contra la ley?”, contestó secamente Telesforo. El cura le respondió: “¿a quién no hace nada por evitar que se quemen iglesias llamas ley? Es una cuestión de matices, amigo. Porque te considero mi amigo y espero que sea también al revés. Quienes se aproximan a Madrid lo hacen para evitar que yo muera. Para mí son los buenos. Por el contrario, si te cogen, es probable que te maten, para ti son los malos. Ni tú ni yo merecemos la muerte. Pero ambos tenemos un objetivo común, que es salvarnos los dos de unos y de otros, y sobre todo, salvar a la Virgen. Esa es nuestra batalla los próximos días”. Telesforo asintió levemente con la cabeza: “y la tenemos que ganar”, remachó.

“Hay un pueblo pequeño en dirección a Extremadura, a unos 50 kilómetros de aquí, llamado Huecas, he estado allí alguna vez”. Dijo el cura. “Conozco una casa donde

escondernos, tiene un sótano donde podremos ocultar el baúl, y desde allí, tú podrás huir. En Madrid también lo tienes mal, y lo sabes”.

Telesforo era consciente de su mala suerte. A la mañana siguiente, salió temprano de la casa en busca de un viejo camarada con contactos que podría conseguirle ese camión. Cuando lo encontró, le explicó el plan que tenía junto con otros compañeros del partido de llevar provisiones que se habían recogido como donaciones de mucha gente, para acercarlas al frente de Talavera, y con ello subir la moral de las tropas. Para ello necesitaba un camión. “Descargamos el camión para que los militares distribuyan los pertrechos, y de paso nos volvemos a Madrid con heridos”, mintió. Su camarada no pareció estar muy convencido del plan, pero conocía a Telesforo hacía tiempo, así que dio por buenos los motivos. Tendría el camión mañana por la mañana, muy pronto, a eso de las seis de la mañana, a condición de devolverlo por la noche. “Sin problema, sobraré tiempo”, dijo con gesto resuelto Telesforo. “Mañana estaré aquí temprano. Ganaremos esta guerra, camarada”. ”¡¡Salud!!”, le respondió el otro.

Volvió contento y despreocupado a la casa donde se escondía canturreando una cancioncilla, y al doblar la esquina junto a su portal vio un camión de las milicias anarquistas aparcado delante del mismo. Había varios milicianos, y entre ellos reconoció a Guzmán, el dirigente anarquista viejo conocido suyo. Conversaba con gesto chulesco con unos vecinos, los cuales hacían gestos con las manos de no saber nada. Alguien le había delatado, y ahora estaba al descubierto. ¿Qué había sido del cura?

Se dio la vuelta disimuladamente y volvió a doblar la esquina. A su espalda oyó una voz. “¡Alto ahí!” Y una voz desde lo más profundo de su ser le dijo ¡CORRE! Salió corriendo velozmente, con los talones golpeándole el culo, mientras oía voces y carreras detrás suyo. Corría girando de forma aleatoria en las esquinas, buscando callejas estrechas. El pecho le dolía terriblemente de la presión de la carrera. Estaba muy cerca del Paseo del Prado, allí pasaría inadvertido entre la gente, pensó. Empezó a moderar la carrera, seguro de haber despistado a sus perseguidores, y salió a la avenida, aún jadeando. Anduvo hasta la calle de Alcalá, tomando la precaución de no ser seguido, y se perdió entre las callejas del centro. Perdido el contacto con el cura, la única opción era ir donde habían escondido la Virgen. El padre Couselo también debería acudir allí. Llegó al callejón bien entrada la tarde, y eligió un punto desde el que veía la entrada de la casa, pero desde el que estaba razonablemente escondido de las miradas de otros.

Cayó la noche, y empezó a oír los rugidos de su tripa. No había comido nada en todo el día. Ni rastro del cura. Todo el plan se iba a ir al garete, pues en unas horas

debería recoger el camión, y nada estaba en su sitio. Miró su reloj, y vio que ya eran pasadas las dos de la madrugada. Estaba hambriento y cansado, pero el miedo que sentía le alejaba del sueño.

Oyó unos pasos que se acercaban por la solitaria calle y aguzó vista y oído. Una figura se detuvo delante de la puerta donde se escondía el baúl y se giró a un lado y otro para comprobar que no había nadie. ¡Era el padre Couselo! Telesforo salió de su escondite y se dirigió hacia él, que lo miró sobresaltado. “Vamos entra al portal”, le apremió. Una vez dentro, se dieron un fuerte abrazo. Telesforo rompió a llorar, roto por la tensión. “Tranquilízate, hijo mío. Ya está. Alguien nos ha delatado, pensaba que te habían cogido. Llevo más de seis horas vigilando la entrada, por si venían los anarquistas”. “¿Usted también ha estado esperando vigilando la puerta?” Respondió Telesforo. Y se echó a reír. “¿Por qué te ríes?” le pregunto el cura. “Porque hemos estado los dos un montón de horas vigilando el mismo punto, sin saber el uno del otro”. El padre Couselo se echó las manos a la cabeza, y rió también. El joven recuperó el aplomo. “Escúcheme, padre. A las seis tenemos que recoger el camión. Solo faltan tres horas. Hay que hacerlo hoy, o ese cerdo de Guzmán nos echará el guante. Nos sigue muy de cerca. ¿Ha conseguido cajas y pertrechos para subir al camión, y poder justificarnos en los controles que pasemos en la carretera?” El cura asintió con la cabeza. “Tengo varias cajas con víveres. Hasta vino he conseguido, nos vendrá bien si hay que sobornar a alguien”.

“Perfecto, entonces. Espéreme aquí a partir de las seis. Vendré con el camión, cargamos el baúl, luego vamos a cargar el resto de las cajas, y esperemos que su Dios nos eche una mano. Vaya plan loco”. Telesforo movía la cabeza a los lados en señal de negación.

“También es tu Dios”, le respondió el cura irónico, a lo que Telesforo rebatió con un: “En unas horas sabremos si también lo es”. Se dieron un abrazo y se despidieron.

El frescor de la madrugada despejó al joven conservador, que llegó al garaje puntual. Ya había movimiento de vehículos en el mismo a pesar de la hora tan temprana. Vio a su amigo con una libreta en la mano impartiendo instrucciones a otro conductor. Se acercó a él de forma discreta y le saludo. “Buenos días, camarada”. Se apartaron a un rincón. “Hola, Telesforo. Ya tengo preparado tu camión. Pero no está aquí, sino a un par de calles. Y no te lo voy a dejar, lo vas a robar”. Telesforo palideció. “¿Ha ocurrido algo?”. Su camarada le miró muy serio. “Guzmán vino ayer por la tarde, de muy mala ostia, como es él. Menudo escorpión. Nos preguntó si sabíamos de ti. No le he dicho nada, pero te busca. A ti y a otro más, no nos dijo quien. Sobre todo te quiere a ti”.



El conservador bajó los ojos, y le preguntó: “¿y por qué no me has delatado? Te meterás en un lío”. Su camarada le miró fijamente. “Me salvaste del pelotón de fusilamiento hace dos años, en el asunto de Asturias. Te debía una y ahora estamos en paz. Corre, vete, que no quiero que nos vean. Es un Renault azul. El que pone No pasarán”.

Ambos se miraron y asintieron con la cabeza. Se estrecharon con fuerza las manos.” Suerte, que te va a hacer falta”, le dijo el hombre a Telesforo antes de que diera media vuelta y saliera con discreción a buscar el vehículo. Lo encontró donde le había indicado. Tenía la llave puesta, por lo que subió, y lo arrancó, produciendo el motor un lento ronroneo. Era muy pronto y la calle aún estaba desierta.

Fue conduciendo con precaución por las calles de un Madrid que empezaba a desperezarse, como ajeno a una guerra que parecía no existir, pero que estaba a muy pocos kilómetros de allí. Por fin llegó a la calle donde le esperaba el padre Couselo. Paró el camión y apagó el motor. El cura le estaba esperando con el baúl dentro del portal, por lo que tomaron entre los dos la caja y la subieron a la plataforma trasera del camión. Subieron al vehículo y el cura le dio un bulto envuelto en un trapo. “¿Qué es esto, padre?” “Míralo tú”. Le respondió. Desenvolvió el paño, y a sus ojos apareció una pistola, con las balas fuera del tambor. “Ojala no la tengamos que mostrar, pero puede que a ti te sea necesaria en tu huida, si es que lo conseguimos. Espero que harás lo posible por no usarla”, le dijo el cura con la mirada seria. Telesforo asintió, volvió a envolver el arma y la guardó bajo el asiento. El cura le indicó donde ir a por el resto de las cajas que darían credibilidad a la pantomima y siguieron. Media hora después, llegaron al lugar y cargaron con presteza las cajas. Pesaban lo suyo. “¿Qué contienen?” preguntó Telesforo. El cura sonrió y le contestó. “Cajas de repuestos defectuosos, algún melón pasado y lo mejor está en esta caja, que la dejaremos para las inspecciones, si las hay, con unas botellas de vino y un par de quesos viejos. Con esto sobornamos a Lenin”, se rió el hombre. “Lenin murió en 1924”, contestó secamente el joven.

Telesforo movió la cabeza como diciendo menudo desastre, esto es un plan suicida. El cura le dijo: “¿Pero que te pensabas? Que con el hambre que hay en Madrid iba a conseguir bocadillos de salchichón? Vamos, que el tiempo juega en contra nuestra”.

Un desanimado Telesforo subió al camión, arrancó y enfilaron por la calle hacia el sudoeste de la ciudad. La suerte estaba echada.

Llegaron sin problemas hasta Móstoles. Allí pararon en un primer control que franquearon sin problemas, con unos soldados somnolientos y despreocupados.

Prosiguieron aliviados, y a la altura de Navalcarnero encontraron otro control. Este parecía más serio. Se acercó el soldado al mando y les preguntó a donde iban. Telesforo respondió: “Somos de la agrupación socialista de Lavapiés. Llevamos atrás provisiones que hemos recogido entre los vecinos del barrio para los camaradas del frente, aquí tiene mi carnet del partido”. El soldado le miró desconfiado, y le pidió que bajase para revisar la carga. El joven dijo, “Vamos allá”, con decisión y bajo del camión. Estaba guardando muy bien la compostura. El padre Couselo quedó en el camión y en voz baja comenzó a rezar: “Virgen de los Desesperados, acude en nuestra ayuda, Dios te salve María, llena eres de gracia...”

Mientras, en la trasera del camión, Telesforo le explicaba que sobre todo había fruta y conservas. Y medicinas. Abrió la primera caja, donde estaba el vino y los quesos. El soldado los miró con avidez. En ese momento, un camión pitó detrás impaciente. El chofer del camión que tocaba el claxon gritó. “Darse prisa, que se va a acabar la guerra y nos va a pillar aquí parados”.

El soldado dudó, pero al final echo mano de dos botellas y de un queso, y le dijo a Telesforo: “Aquí también hace falta que nos suba la moral. Sube al camión y sigue”. El joven respondió: “Salud, camarada”. El soldado ya no le hacía caso, más preocupado de que no se le cayera el preciado botín que acababa de conseguir.

Subió al camión y arrancó, aún temblando, donde aguardaba un padre Couselo que murmuraba en voz baja. “¿Qué hace, padre?” El cura contestó, “Rezar como no lo he hecho en mi vida”. “Pues esta vez le ha valido”, dijo el joven aún turbado.

Al pasar por Valmojado se desviaron por un mal camino de tierra y piedras hacia el sur. Aun quedaban una veintena de kilómetros, pero se adivinaba la proximidad del frente. El camino era muy malo, y les obligaba a ir desesperantemente despacio. Ya debía ser mediodía, cuando un estallido se produjo bajo el camión y este se detuvo. Bajaron para ver el motivo. Una rueda había reventado.

“¿Cuánto queda a Huecas, Padre?”. “Unos 15 kilómetros, habrá que ir andando”, respondió el cura. “Pero a plena luz del día, dos paisanos llevando una caja a costas creo que no tienen mucho futuro. Cojamos la caja y busquemos un refugio en alguna casa de labor cercana, esperaremos a que caiga la noche para seguir”. Telesforo asintió y bajó del camión, no sin antes tomar el paquete con la pistola. Cogieron la caja, y cuando esta estaba en el suelo, Telesforo la abrió, abrió también la caja con el vino y el queso que quedaba, lo cogió junto con dos botellas, y las guardo en el baúl. El cura le miro sonriente. “Pero si a la Virgen no le gusta el vino...” “El que no quiera ella, para nosotros”, respondió el joven.

Anduvieron un par de horas por campos yermos bajo un sol de justicia, y encontraron una casucha en ruinas, que proporcionaba una razonable sombra. Decidieron aguardar allí hasta que cayese la noche. Abrieron una botella de vino y cortaron unos trozos del queso. Un rato después, el vino había desatado la lengua de los dos fugitivos. “Te imaginas, Telesforo, el soldado del control, ahora estará igual que nosotros, con la nariz colorada, y bien cargado de vino”. El joven le miró divertido, pero cambió de repente la expresión de su rostro. “Mierda”, dijo. “El soldado del control se ha quedado mi carnet. No me he dado cuenta, por los nervios”. “Es una mala noticia”, le dijo el cura, “ese carnet te hubiera venido muy bien en tu huida a Valencia. Venga no te preocupes, no pasará nada”.

Pero sí que pasó. Una patrulla encontró el camión averiado, y las cajas con chatarra y melones podridos. Al indagar si había pasado por el control de Navalcarnero, el carnet de Telesforo le puso en evidencia. Se pidió información rápidamente a la sede del partido socialista en la capital sobre Telesforo, información que también llegó a oídos de Guzmán, por los topes que tenía infiltrados por todos sitios. A las 9 de la noche, el anarquista salía en dirección este de Madrid a toda velocidad con dos coches cargados de militantes, armados hasta los dientes y en busca de los dos huidos.

Mientras, antes de que anocheciera, Telesforo y el padre Couselo salieron de su escondite cargados con el baúl y comenzaron a caminar hacia el pueblo donde ocultarían la talla. Buscaban el cobijo de los matorrales, pues el terreno era llano, difícil para esconderse en él. La oscuridad les dificultaría avanzar, pero también les ocultaría. En la lejanía se adivinaban los cañonazos y las explosiones de las bombas en pleno frente de batalla. Y algún que otro resplandor súbito.

Al vadear una pequeña acequia seca, el cura resbaló con los matojos, y cayó sobre unas cañas. Sostuvo como pudo el baúl, pero el entorchocar de las cañas produjo algo de ruido. Ambos se quedaron inmóviles y en silencio. Unos pasos se acercaban, y de repente, una linterna les iluminó a ambos. “¿Quién va?”, era un joven soldado, probablemente de guardia en la zona. “¿Quiénes sois y que hacéis aquí?”, les preguntó, apuntándoles con su fusil. Los dos fugitivos estaban mudos y aterrados. “¿Qué lleváis en esa caja?”, volvió a preguntar el soldado. El padre Couselo comprendió que todo había acabado, y decidió abrir la caja para mostrarle el contenido de la misma. El soldado enfocó hacia el interior del baúl, sin perder de vista a los dos hombres. Se quedó un rato observando la imagen, y se volvió al cura. “Es la Virgen de los Desesperados, ¿verdad? Mi madre y mi abuela son devotas de ella en Madrid. ¿Por qué la tenéis aquí?” Preguntó el soldado. Telesforo respondió: “La buscan para quemarla. Solo queremos ponerla a salvo”. El soldado les miró

dubitativo. Al fin les dijo: “Rápido, si nos ve el sargento nos fusilarán a los tres. Seguid recto en esta dirección, les indico con la mano, las patrullas están por el otro lado”.

“Que Dios te bendiga, hijo mío”, le dijo el cura al soldado. Este asintió en silencio y apagó la linterna. Cogieron el baúl y siguieron por la dirección que les había indicado el joven soldado. Avanzaban en silencio pues aún estaban sobrecogidos por lo que acababa de ocurrir.

La dirección que les indicó el soldado les supuso dar un rodeo para llegar al pueblo, pero con las primeras luces del día, divisaron sus casas y la torre de la iglesia.

Enfilaron el camino que llevaba al pueblo cuando dos potentes focos de automóvil aparecieron delante de ellos, a unos trescientos metros. Los del coche seguramente les habían visto ya. “Huye, Telesforo, que no te cojan. Corre, idiota, que si te cogen te matan”. El joven miró al cura, y salió corriendo, desapareciendo entre la maleza.

El coche llegó hasta el cura, que se había quedado sentado en el suelo junto al baúl, agotado y rendido. Se abrieron las puertas, y bajaron dos hombres. Uno llevaba un abrigo negro de cuero. Era Guzmán.

“¿Que tal está, su eminencia?” Preguntó burlón el anarquista. “¿No se iría de viaje, verdad?” Se acercó al cura y le propino una patada en las piernas. “¿Dónde está Telesforo, cabrón? Dime donde está!!!” Rugió.

El cura le miró con desprecio, pero no dijo nada. Volvió a recibir otra patada. El acompañante de Guzmán se reía. Su distracción no le permitió advertir la sombra que venía por detrás y que le derribó de un fuerte culatazo de una pistola en la cabeza. Era Telesforo, que tras propinar el golpe, se giró hacia Guzmán apuntándole con el arma. Este, que no se esperaba la entrada en la escena de su rival, intento echar mano de la pistola que llevaba en la cintura. Al joven conservador no le quedo alternativa, y apretó el gatillo. El disparo silenció los cantos de los pájaros en la madrugada. El anarquista cayó al suelo alcanzado en el centro del pecho. Se acercó despacio a él para ver su estado. Estaba muerto, con los ojos muy abiertos mirando hacia un cielo que amanecía a jirones por momentos.

Telesforo acudió donde estaba el cura y le ayudó a levantarse. Se giraron ambos hacia el este. Las luces del día desvelaron gran cantidad de tropas que se acercaban hacia ellos. El ejército sublevado estaba ya encima suyo. Por la noche, sin darse cuenta, habían atravesado la línea del frente sin ser descubiertos.

“Lo hemos logrado, Telesforo, lo hemos logrado. La Virgen hasta te ha procurado un medio de huida”, le dijo el cura al joven, señalando el automóvil de los anarquistas. “Debes irte ya, amigo mío”.

“Padre, tiene que prometerme algo”. El cura asintió. “Que me permitirá acabar la restauración de la Virgen. No sé cuándo será, pero quiero hacerlo yo, me lo he ganado. La Virgen tiene mi promesa de que lo haré”.

“Y tú tienes mi palabra de que así será”.

Se dieron un fuerte abrazo y Telesforo subió al coche. Arrancó y salió veloz. Aún tenía alguna oportunidad de huida. El padre Couselo se quedó mirando fijamente el vehículo que se hacía cada vez más pequeño en la lejanía.

“Que Dios este siempre contigo, hijo mío”, susurró el cura.

Tal y como había pronosticado el padre Couselo, el ejército rebelde no avanzó hacia Madrid, sino hacia Toledo, liberando a los sitiados del Alcázar un mes después, en una acción militar que si bien produjo un efecto propagandístico muy potente para su causa, seguramente provocó que Madrid no cayera al tener más tiempo de preparar su defensa y que la guerra se prolongara casi tres largos años más.

Junio de 1977

El vuelo transoceánico procedente de Nueva York aterrizó en el aeropuerto de Barajas a mediodía. Telesforo Martín, conservador jefe del Museo de Bellas Artes de Boston, Massachusetts, uno de los mejores museos de Estados Unidos, bajó del avión portando una pequeña maleta y tras pasar por el control de pasaportes se dirigió a tomar un taxi. “¿Dónde vamos, señor?” Le preguntó el taxista. “A la iglesia de San Martin de Porres, ¿sabe dónde está?”. “Como no lo voy a saber, si soy devoto de la Virgen de los Desesperados”. “Muy bien, vamos pues”. Sonrió el conservador.

Durante el recorrido, observaba los cambios que cuarenta años después de su marcha había experimentado la ciudad que tanto amaba. Coches con carteles políticos y altavoces con música a todo volumen circulaban por las calles de la ciudad. En unos días se iban a producir las primeras elecciones democráticas en muchos años. En uno de los coches, con un cartel del PSOE, vio el rostro joven del candidato socialista, Felipe González. Respiró hondo.

Llegó a la iglesia, pagó al taxista y se bajó del coche. Entró en el templo y buscó la imagen de la Virgen. Estaba a su derecha y avanzó hacia ella. Su hermosura le volvió

a estremecer como lo había hecho cuarenta años antes. Y contempló su rostro, con el lado derecho resplandeciente y el izquierdo oscuro. Sus ojos se humedecieron.

Giró la cabeza y vio a un sacerdote que entraba en la sacristía. Se acercó hacia allí.

“Buenos días, soy Telesforo Martín, un viejo amigo del padre Damián Couselo”. El sacerdote era un hombre muy mayor, le miró y sonrió. “Buenos días, señor Martín. Damián ya no está con nosotros, falleció hace 4 años”. El cura se tomó una pausa. “Pero nos hablo mucho de usted, siempre albergó la esperanza de volverlo a ver. Llevamos mucho tiempo esperándole. El estaba convencido de que usted regresaría, pues nos decía que tenía una promesa pendiente de cumplir. Nunca permitió que nadie tocara la Virgen, no sabe bien lo que eso enfadaba al obispo”. El sacerdote lo decía con una sonrisa cómplice.

“Así es, aquí estoy, algo tarde para el padre Couselo y para cumplir mi promesa con él”, desafortunadamente.

“No es a él a quien le hizo la promesa”, le respondió el anciano, con un extraño brillo en sus ojos. El conservador alzó la vista hacia la Virgen. Le pareció que su rostro aún brillaba más que cuando entró en el templo. Telesforo esbozó una gran sonrisa.

“¿Cuándo puedo empezar?”

Título: LA VIRGEN DE LOS DESESPERADOS

Modalidad: RELATO

Categoría: C

Nombre: Juan Manuel Marín Vidal